

**SIN PERDÓN**  
Unforgiven  
Clint Eastwood, 1992

### SÓLO ELLAS SON INOCENTES

Película de las que redimen un género por el procedimiento de darle la vuelta. Para los viejos maestros, el salvaje Oeste, con la ruda hostilidad de sus habitantes, era el espacio adecuado para demostrar la supremacía del hombre, reduciendo a la mujer a papelitos en los que debía admirar y sublimar al héroe. Por supuesto, cuando digo papelitos no me refiero tanto a la duración como a la importancia de estas apariciones. En alguna ocasión se concedió a una mujer un papel más extenso, enseñándola a disparar y decir tacos, pero ésa era la manera de remachar el clavo: para valer algo, una mujer debía parecerse a un hombre.

Para corroborar que no es cuestión de estar en pantalla, en “Sin perdón” el espectador no recibe un solo plano de Claudia, la esposa muerta. Ni siquiera un flashback. Tan solo una fotografía y muy de pasada. Y sin embargo, su presencia gravita a lo largo de todo el metraje hasta hacer de ella el personaje más influyente del relato. Con algo tan leve como una sombra, Eastwood y Peoples no sólo afirman la importancia de la mujer en el Oeste, sino que llevan la sutileza al más rudo de los géneros.

Pero Claudia no es la única mujer importante de esta historia. También está Sally, la india que cohabita con Ned. Apenas aparece medio minuto en el que no llega a despegar los labios. Pero su silencio es elocuente, porque la convierte en el reverso de aquella pobre Look, la india locuaz de “Centauros del desierto”, a la que Ford hacía tratar a patadas para diversión de espectadores insensibles. Y está la dignidad de Alice, una puta a la que se puede montar como a un caballo, pero no marcar como a un caballo; y la dulzura de Delilah, con su rostro tan lleno de cicatrices como su alma, y la amargura de no haber podido demostrar su vocación de esposa sensible y amorosa... Una muerta, una india y unas putas es todo lo que Eastwood y Peoples necesitan para hacer un film innovador en el género del western.

Lo demás, la desmitificación del héroe legendario o la repulsa de la violencia, ya se había visto en otras cintas (de un modo excelente en “Pequeño gran hombre”), aunque quizá nunca con tanto estremecimiento humano como en la escena en que los cazarrecompensas hacen una tregua para que se auxilie al hombre que han ido a matar. Quizá nunca con tanta amargura. Porque si algo define a los hombres en “Sin perdón” es la amargura de haber llegado a comprender la esterilidad de una conducta que sólo deja un rastro de cadáveres. La amargura y la culpabilidad.

Cuantitativamente, “Sin perdón” sigue siendo una película de hombres. Los actores dominan el reparto y ocupan la mayor parte del metraje. Sin embargo, como ya se dijo, la importancia de un personaje no se mide por su duración. Aquí, la aportación de los hombres es, mayormente, su brutalidad, su cobardía y su capacidad para el crimen. Empezando por Munny, el protagonista, sobre cuya

conciencia pesa la muerte de mujeres y niños, y siguiendo con Ned Logan, compinche en sus tropelías. Y el bueno para nada de Schofield Kid, que no ve otra manera de ganarse la vida que segando la de los demás, aunque ni para eso vale. Y el sheriff de Big Whiskey, que no representa más ley que la de su voluntad. Y el biógrafo de asesinos, en busca del más sanguinario para proyectar sobre él su admiración y la de sus lectores. Y el vaquero bueno, que parece ser el mejor de todos, a juzgar por la yegua con que intenta resarcir a la víctima; pero no la defendió, sino que se hizo cómplice de la agresión, obedeciendo a su amigo. Si no hubiera estado allí, aún viviría. Cosas del azar, que tampoco es inocente, porque se alía con los malos hábitos: Por ser fiel al recuerdo de su mujer muerta, Munny recibe una paliza mientras que los puteros escapan sin castigo; por sentir repugnancia a disparar, Ned pierde la vida mientras que los homicidas se reparten impunes la recompensa. Como ya dije, en esta cinta, fuera de las mujeres, nadie es inocente.